

lada, á consecuencia de tan penosa campaña, tuvieron que abrirse paso por medio de campos incendiados, y batiéndose siempre con las fuerzas sureñas, exaltadas con el entusiasmo que dan los triunfos y la esperanza de nuevas victorias; hostilizados por los flancos y la retaguardia los fatigados soldados del Dictador, llegaron providencialmente á Chilpancingo á principios de Mayo, y todavía dispuso Santa-Anna que algunas fuerzas se situaran en Teepam, Ayutla y Buenavista, y partió de Chilpancingo para la capital acompañado del ministro de la Guerra, el Estado Mayor, los lanceros y cazadores de la Guardia.

Cuando en la capital se supo que el Dictador no habia perecido ni celebrado contrato alguno con los sublevados en el mes que estuvo incomunicado, se dieron el parabien los santanistas y el contento de los ministros creció por haber recibido casi á la vez la noticia de que en los Estados-Unidos habia quedado aprobado el tratado de la Mesilla, cuya noticia publicaron con grande regocijo; procurando acallar las murmuraciones hicieron publicar la circunstancia de que si la indemnizacion habia bajado á la mitad, tambien habia sufrido una rebaja la extensión de terrenos cedidos. Fué prescrito el ceremonial para la entrada del Dictador, haciéndole una verdadera ovacion: recibieronle en Tlalpam los ministros, una comision del Consejo de Estado y multitud de otras personas notables. Reunióse la comitiva en el Santuario de la Piedad, formando, el 16 de Mayo, valla las tropas desde la garita de ese nombre hasta Catedral. Para la recepcion fué cerrado el comercio, hubo músicas y corridas de toros en los paseos, ópera y fuegos artificiales, y por primera vez se cantó el himno nacional. Fué levantado un arco triunfal en la Plaza de Armas, sobre el zócalo destinado á la columna por la Independencia, coronándolo con la estatua de Santa-Anna. La batería de la Ciudadela anunció, despues de las once, que se habia presentado el Dictador en el pueblecillo de la Piedad, á los tres cuartos de hora hicieron fuego los cañones frente á Palacio, y comenzaron los repiques en Catedral y las demas iglesias. Rompian la marcha cuatro batidores, á los que siguieron desde la garita los víctores, las mazas del Ayuntamiento, los coches de los convidados, cuyos lacayos vestian librea; los miembros de la Orden de Guadalupe, los Secretarios de Estado y del Despacho; S. A. S., solo, en coche; el gobernador del Distrito y el comandante general, á caballo, y por detras los ayudantes de campo, el mayor de plaza y un escuadron de lanceros con estandarte y música. A las doce en punto llegó Santa-Anna á la Plaza Mayor, y él solo pasó bajo el arco triunfal levantado en nombre de la ciudad de México; con la comitiva entró á Catedral, donde anticipadamente se habian colocado, en las tribunas preparadas al efecto, el Cuerpo Diplomático y la señora esposa del General, y tan luego como éste ocupó el dosel comenzó á toda orquesta el Te-Deum cantado por el arzobispo; despues el Dictador recibió en Palacio las felicitaciones, á las que contestó expresando cuanto le complacian las demostraciones del regocijo público que presenciaba, viendo en ellas el deseo por la consolidacion de la paz; el Cuerpo Diplomático tambien le felicitó, y situado el Dictador en el balcon vió desfilar la columna de honor. El arco triunfal fué derribado el dia 20 por un fuerte huracan y se rompió la estatua que lo coronaba. Todas las autoridades de la República felicitaron á Santa-Anna por su regreso y muchos gobernadores dieron el encargo á comisiones especiales.

Los recursos que tanta falta le hacian, se le presentaron por el tratado de la Mesilla, muy oportuno para el Dictador. Por dicho tratado ámbos gobiernos debian nombrar comisionados para que sobre el terreno señalaran la línea divisoria; fué abolido el

artículo 11 del tratado de Guadalupe, comprometiéndose no obstante los Estados-Unidos á proteger nuestro territorio de las invasiones de los bárbaros, bajo ciertas condiciones, y en cambio de las concesiones hechas por México, le eran cedidos veinte millones de pesos que el Senado norte-americano bajó á diez, de los cuales siete serian pagados al cangearse las ratificaciones y los demas cuando se fijara la línea divisoria; una Junta reunida donde dispusiera el Presidente de los Estados-Unidos examinaria y decidiria las reclamaciones contra México; fueron extipuladas algunas otras condiciones, entre ellas la que prevenia las invasiones de filibusteros. Por este tratado cedió México tierras que no le servian y perdió los derechos que habia obtenido por el artículo 11 del tratado de Guadalupe; pero zanjó una cuestion que pudo haber sido causa de muchos males y comprometer las relaciones entre las dos Repúblicas, y si la indemnizacion no produjo resultado favorable, débese á la circunstancia de haber pasado á un gobierno que no supo aprovecharla. Muchos mexicanos protestaron contra el tratado.

Era preciso, inevitable, que despues de la retirada de Santa-Anna se generalizara la revolucion, que llegó á las puertas de la capital al pronunciarse en Tlalpam el 23 de Mayo el batallon activo de Matamoros, bajo la direccion de los cabos, retirándose á los montes despues de haber hecho armas contra los gefes. En el Sur de Michoacan crecian las fuerzas de D. Antonio Diaz Salgado, quien situado en las inmediaciones del rio las Balsas obraba de acuerdo con los guerrilleros Berdeja y Tabares, y tomó á Huertamo; el 6 de Mayo se levantaron en el pueblecillo de Coeneo los federalistas Huerta, Arias, Guerrero y Pueblita, que ocasionaron grandes perjuicios por donde pasaban, haciéndolo en nombre de la libertad y contra lo excesivo de los impuestos. Pinzon, Tejada, Guzman y otros cabecillas prestaron grandes servicios á la revolucion; entre las acciones guerreras fué muy notable la del Llano del Cuatro, donde el coronel Huerta decidió la jornada dando personalmente una carga á la lanza. Los Villalvas, situados en el cerro del Limon, dominaban las márgenes del Mescala, pero tomada aquella posicion por el coronel Zuloaga, murió uno de ellos y su cabeza fué colocada en un poste cerca del pueblo que da nombre al rio. D. Vicente Vega, propietario, amenazó al Departamento de San Luis Potosí, cuyo gobernador, el general Parrodi, salió á batirlo cuando la revolucion ya cundia por muchos puntos de la Sierra-Gorda, usando siempre los pronunciados de allí la táctica de desaparecer desbandados ante las tropas del gobierno y reunirse despues en determinado lugar. Estas manifestaciones nada significaban para el partido santanista que seguia ensalzando á su ídolo; ya en Orizava le dedicaba el Sr. Arroniz una composicion musical, ya en Tabasco se reunian fondos para levantar en su nombre una estatua y diariamente aparecian versos en loor de la Alteza; el Lic. D. Luis Ezeta dijo por la prensa que en Santa-Anna veia la imágen de la Divinidad y el general Salas llamábale el prohombre de los mexicanos. Segun los periódicos oficiales siempre eran derrotados los sublevados, á los que llamaban bandidos y facinerosos, al general Alvarez se le aplicaba á cada paso el sobrenombre de pantera del Sur, á Degollado, que tambien tomó parte en la revolucion, el de sacristan, llamábasele escribano á Comonfort, filibustero á Vidaurri y ébrio á Plutarco Gonzalez; los que no opinaban segun los santanistas, eran llamados traidores á la Patria y anexionistas, la prensa oficial continuamente daba por fusilados cabecillas que despues resucitaban, y ningun rasgo de sensibilidad se vió para con los desterrados que en el extranjero se dedicaban á los más humildes oficios con objeto de procurarse la subsistencia, contándose entre ellos D. Benito Juarez. Dada una orden de destierro, jamás se revoca-



ba, pues los ministros conceptuaban tal acto como suprema debilidad; y no era dable averiguar los motivos del destierro, ni quienes eran los acusadores porque la respuesta sacramental era que lo ordenaba Su Alteza. Cualquiera autoridad podía poner incomunicado á un preso, maltratarlo y golpearlo, á cualquiera hora invadían las casas los esbirros, y los desterrados salían á pié y sin equipaje, y muchas veces en cuerda como los malhechores, é iban á morir en climas mal sanos, léjos de sus familias; delito nacional era la visita de un amigo, ir al campo, estar triste ó alegre, recibir cartas por el correo, andar solo ó acompañado, tomándose todo cuanto se hacia, como indicio de conspiracion, y las poblaciones sustraídas de la obediencia quedaban por este solo hecho en estado de sitio sin otra declaracion.

La clase pobre resistía el peso insoportable del sorteo, la leva, los malos tratamientos de los esbirros y era perseguida para que diera reemplazos ó los pagara, y muchas veces, faltando á la buena fé que se conserva aun entre los bandidos, se le exigían ambas cosas. Los reclutas que tenían la desgracia de ser mandados por gefes carlistas, eran apaleados sin piedad, y aun se les arrancaban las orejas, sufriendo horriblemente la clase indígena, no obstante que estaba esceptuada del sorteo. Ninguna propiedad estaba segura y si los escritores independientes guardaban silencio, tomábase como un insulto por los que mendigaban lisonjas; cubierta la justicia con el velo del favoritismo, solo tenían el triunfo en los litigios los adictos á la Alteza, siendo grandes delitos la independencia de carácter, la energía y la virtud. ¿Podrían ante tal situacion dar buenos frutos ciertas leyes que sin duda eran convenientes, como el Código del Comercio, y la revision de títulos sobre enajenaciones de terrenos baldíos? A esos males y otros que llevaba el crecimiento de la revolucion, hay que agregar la devastacion de la langosta, los temblores de tierra, la pérdida de cosechas en muchas partes, la destruccion de los Estados fronterizos por los bárbaros y las dificultades mercantiles. Viéronse en Yucatan raptos de personas de la raza indígena y aun de la otra para llevarlas al mercado de la isla de Cuba como esclavos, cometiendo más horribles abusos aún en la compra de niños, cuyos atentados fueron tolerados durante algun tiempo por las autoridades que aun prestaban su proteccion á los especuladores, con mengua de las ideas cristianas de que blasonaban. Esto pasaba muy léjos para que pudiera tarbar ni aun por un momento el ruido de las músicas militares, de los tambores y de los choques de las copas en los festines celebrados en obsequio del Dictador, ya por haber dado una amnistía raquílica por delitos políticos, ó ya por cualquiera otra circunstancia que los santanistas sabían bien realzar. En las calles de las poblaciones veíase el retrato del Dictador los dias de festividad nacional en carros ó en astas, dábanse bailes en que tambien aparecía su retrato y se bebía y comía á su nombre y por su grandeza. Sin embargo, los revolucionarios llenaban á Michoacan, cuya tierra está empapada con la sangre de los libres. En todo aquel desgraciado Departamento crecieron el espionaje y las prisiones, en Zamora fué fusilado el cabecilla Chacon, y conociendo los sublevados lo que podrían esperar de los gobernantes, ninguna comunicacion se establecía entre los dos bandos enemigos; Huerta, Pueblita, Guerrero, Arias y los Arredondo, hostilizaban sin cesar á Tacámbaro, Ario, Uruapam, Zamora y la Piedad, y ganando terreno el Plan de Ayutla fué secundado el 13 de Julio en Tula de Tamaulipas por el Lic. D. Juan J. de la Garza; Chiapas vió brotar la revolucion en Tonalá, y para sofocar los sentimientos por la libertad tuvo Santa-Anna que negociar, con sacrificios, los siete millones que los Estados-Unidos le iban á entregar desde luego.

Además, fué necesario hacer otros gastos á consecuencia de las expediciones piráticas guiadas por el conde Raousset: salido de San Francisco de California desembarcó en Guaymas el 1º de Julio por el rumbo de los Algodones, y se introdujo de incógnito á esa poblacion como á las diez de la noche, en solicitud de una conferencia con el general Yañez que se la concedió, el conde manifestó en esa y otras que quedaba á disposicion de la comandancia general, pues aunque llevaba otras intenciones habia cambiado de parecer; el Sr. Yañez le ordenó saliera inmediatamente del Departamento y el conde, arrojando la máscara y creyendo indudable su triunfo, apoyado en el batallon frances que en aquel puerto se habia formado con fondos del gobierno, amenazó con insolencia al general, pretendiendo que fueran desarmados los urbanos y que se le entregaran algunas piezas de artillería, y como se le respondiera con dignidad, emprendió el ataque; pero á las dos horas se rindió con doscientos compañeros y casi otros tantos se dispersaron ó quedaron fuera de combate. El Sr. Yañez quiso separar del lado del conde al batallon de los franceses residentes en Guaymas y que estaban al servicio de México, y á los alemanes que voluntariamente se le habian incorporado; éstos, así como la mayor parte de franceses residentes allí, llegaron á formar un cuerpo de cuatrocientos hombres, mientras el general Yañez solamente contaba trescientos entre soldados del ejército y urbanos de Guaymas, sin embargo de lo cual fueron rechazados los asaltantes; pocos huyeron en el buquecillo que condujo á Raousset, quedando así, en ménos de tres horas afianzada la paz de Sonora y la integridad del territorio nacional. Raousset fué fusilado el 12 de Agosto, despues de juzgado en consejo de guerra; hizo su testamento y murió con valor; sus maneras caballerosas y su presencia revelaban al hombre de buena sociedad; dejó escritas algunas obras literarias y su muerte causó cierta sensacion en Paris donde estaba relacionado. Santa-Anna indultó á los demas piratas, excepto á los que desembarcaron con el conde y á los gefes y oficiales, y destituyó al general Yañez del mando de Sonora, alegando que no habia cumplido las órdenes en que el gobierno le previno disolviera ó internara á los extranjeros contratados en San Francisco para el servicio de México; Su Alteza declaró accion sobre enemigo extranjerero el triunfo obtenido en Guaymas, y que se anotara como distinguida en las hojas de servicio del general, gefes y oficiales y en las filiaciones de los soldados que concurrían á la jornada.

En Michoacan y Tamaulipas continuó la revolucion, y como no podia sofocarla el gobierno sin embargo de los siete millones de la indemnizacion, además de los recursos del país, multiplicaba las disposiciones tiránicas, irritándose de que ante su poder no sucumbieran unos individuos que para hacer la guerra montaban caballos en pelo y apenas tenían parque, armados otros con solo espadas. Se conocía cuánto disgusto causaba á los tiranos conocer su impotencia para matar las ideas, como pretendían haberlo conseguido en el terreno de los hechos; sufrían cruel persecucion los que habian contribuido á la caida de Santa-Anna en 1844, y el espionaje aumentaba diariamente las víctimas que morían en el destierro, dejando á porcion de familias sin apoyo; no podían ni reirse al conversar las personas sospechosas de no adictas á las autoridades, delante de éstas, porque al momento eran insultadas con palabras y hechos, y si mostraban los ofendidos algun rasgo de dignidad eran entregados á la fuerza militar para que ejerciera sus terribles oficios; tal fué la razon principal porque nada valieron los millones, ni las influencias de ciertas clases que estaban contentas con que se les hubieran devuelto los goces materiales de que en otras épocas disfrutaban. Nutridos de implacable odio los dos partidos, por las



leyes sobre conspiradores, vinieron las represalias y los que proclamaban la libertad mancharon también sus afortunados días con crueles venganzas. Fortalecidos los sublevados de la frontera por el aumento que tanto en los Departamentos como del exterior recibieron de las fuerzas que reunió D. Eulogio Gautier Valdomar, invadieron á Nuevo-Leon y fué atacado Monterey por las tropas que acaudillaba el gefe D. Juan J. de la Garza.

No obstante, todavía el cambio de residencia del Dictador á Tacubaya el 26 de Setiembre de 1854, fué anunciado con salvas de artillería. Pero por poco que reflexionara el Dictador acerca de su situación, veía que cada vez era ménos sostenible y quiso que los conservadores modificaran algo su programa, lo que entrañaba un cambio de Ministerio. Los directores de este proyecto escribieron á los gobernadores para que manifestaran deseos por la variación completa en la política, y por su parte el Dictador pasó una circular en que negaba haber pensado en el cambio ministerial; otra circular hizo saber que, según dictámen del Consejo, aunque la voluntad nacional había sido tres veces favorable á S. A. el Presidente, deseaba éste consultarla de nuevo, ya para continuar en el Poder, ya para dejarlo en otras manos si la Nación no creía necesarios sus servicios, confesando oficialmente, por primera vez, que la revolución había cundido considerablemente en Michoacan, Guerrero, Tamaulipas y otros Departamentos. Para el plebiscito, que debía tener lugar el 1º de Diciembre (1854,) fueron convocados y se habían de reunir bajo la presidencia de los gobernadores, prefectos, subprefectos y demás autoridades políticas respectivas, en las poblaciones de la República, juntas populares compuestas de toda clase de mexicanos en ejercicio de sus derechos, con objeto de que en el mismo día expresaran con plena y absoluta libertad, garantizando que serían respetadas las opiniones en ese acto solemne, cuál era la voluntad sobre estos dos puntos: «1º Si el actual Presidente de la República ha de continuar en el mando supremo y con las mismas facultades que hoy ejerce. 2º En caso de que no continúe ejerciendo las amplias facultades con que en la actualidad se halla investido, á quién entrega inmediatamente y desde luego el mando.» Todas las actas debían ser enviadas al presidente del Consejo por intermedio de los gobernadores, y el 1º de Febrero de 1855 serían abiertas en Consejo pleno por una comisión especial de su seno, para que en virtud de ellas y en la misma sesión abriera dictámen sobre el contenido, declarando cuál era la voluntad nacional por la simple mayoría de votos emitidos en las juntas populares, y para dar más tinte de verdad á la farsa inútil que se ideó, con objeto de hacer creer que el gobierno gozaba de la opinión pública, se dijo que las actas habían de ser publicadas.

La prensa fué escitada á manifestar su opinión, solamente sobre los dos puntos citados y en el día designado para las Juntas. Pero era seguro que por temor á la tiranía, los ciudadanos no harían uso de los derechos que se les concedían, y que tan solo acudirían á depositar sus votos los adictos al gobierno, ó aquellos que temían ser molestados, aunque obraran contra su conciencia; anticipadamente había recomendado á los gobernadores el ministro Aguilar que el éxito fuera «el debido.» La opinión pública estaba bastante manifiesta en favor de un cambio completo en política, sin que fuera necesario apelar á una engaño. En todas las casas consistoriales ó en los puntos designados pusieron dos libros, uno de los cuales estaba encabezado de esta manera: «El actual Presidente de la República ha de continuar en el mando supremo de ella con las mismas amplias facultades que hoy ejerce.» «Votan por la afirmativa los que abajo suscriben,» y en el otro, con el mismo encabezamiento decía: «Votan por la negativa.» Du-

rante tres días se recogerían firmas y los que votaran por la negativa debían escribir de su puño y letra el nombre de la persona que se hubiera de encargar del mando supremo; nadie podía enviar su voto por escrito. Por supuesto que los libros en que se inscribían los votos por la negativa quedaron casi en blanco. Concluido por el Consejo el exámen de las actas, pasaron de cuatrocientos mil los votos por la afirmativa, encontrándose apenas unos cuantos por la negativa, resultado que fué celebrado en la capital con repiques, salvas y felicitaciones y en los Departamentos hicieron los adictos á la Alteza grandes fiestas, engañándose á sí mismos únicamente, pues la sociedad bien sabía lo que pasaba. El Dictador, en un Manifiesto, dió las gracias por tanta bondad y rechazó el título de opresor que se le daba, se mostró indiferente al Poder y partidario de la nacionalidad, aseguró haber sido necesario el tratado de la Mesilla para evitar una guerra con los Estados-Unidos, y reprochaba á los liberales el tratado de Guadalupe.

Entretanto seguía la revolución, y á proporción que aparecían sentimientos humanitarios en algunos sublevados, las tropas del gobierno perdían los restos de compasión sacrificando centenares de víctimas en los patíbulo, muchas veces sin forma alguna legal. La circulación de escritos liberales motivaba muchas prisiones, y el gobierno exigía á los vecinos de cualquier pueblo que desocupaban los sublevados, hicieran un acto de arrepentimiento luego que éstos salieran, y como aun los mismos santanistas desaprobaban tal conducta, varios fueron desterrados, entre ellos los generales Basadre y Traconis, y D. Manuel Baranda; á los males de la guerra se unían los estragos del cólera en Michoacan y el interior, la paralización de las empresas, las multiplicadas bandas de ladrones y la desolación de las fronteras por los bárbaros. Jalisco, Zacatecas y Guanajuato vieron invadidos por gavillas, así como las sierras de Alica y Jaujímí presentándose en esa el gefe Lozada; Morelia también fué atacada, y aunque los pronunciados eran rechazados casi siempre, mostraron que ya podían ser agresores y que contaban con nuevas columnas en el combate; en Tamaulipas pasaban el Bravo para cobrar aliento cuando se veían perseguidos. Los habitantes de las pequeñas poblaciones comenzaron á reconcentrarse, no pudiendo resistir los ataques de grandes secciones que ya llegaban á dos y tres mil hombres. Entretanto, apelaba el gobierno á recursos vulgares para sostener el débil edificio que combatían las tempestuosas olas revolucionarias: pintaba la prensa oficial á los pronunciados próximos á sucumbir por falta de recursos; hizo correr la voz sobre que el general Alvarez había muerto á consecuencia de una enfermedad en las piernas y que también había fallecido el general Villareal.

La verdad fué que habían concluido los millones del tratado de la Mesilla á los pocos meses de recibidos, y que el gobierno se encontraba ya en grandes dificultades; para salir de ellas apeló á medios revolucionarios, reglamentó hasta la manera de arrasar las poblaciones donde se abrigan los liberales, y mandó incendiar la hacienda de la Brea, operación encomendada al general D. Severo del Castillo. Grande impulso recibió la revolución al regreso del Sr. Comonfort, que hizo un viaje á los Estados-Unidos para buscar elementos con que continuar la lucha, pues carecían absolutamente de todo los sobrios y valientes soldados que peleaban por la libertad. Como en San Francisco de California nadie tenía fé en el triunfo de la revolución, solamente le presentaron negocios de tal manera ruinosos, que el Sr. Comonfort, delicado y patriota no quiso aceptar, y en Nueva-York no fué más afortunado al principio, por la influencia que ejercieron sobre la opinión pública los esfuerzos de la prensa dictatorial, que presentaba el levan-



tamiento del Sur como un accidente sin plan fijo y sin concierto, y ya pensaba retirarse Comonfort á Acapulco cuando encontró un favorecedor en su amigo D. Gregorio Ajuria, con cuya proteccion compró armas, municiones, vestuario y demas, cargó un buque con los efectos y el 7 de Diciembre se presentó en Acapulco donde le recibieron con grande regocijo. Este oportuno auxilio llegaba precisamente en los momentos críticos en que la revolucion estaba á punto de sucumbir, por las combinaciones que el gobierno desarrollaba para estrechar á las partidas de pronunciados á que presentaran batalla, en la cual la ventaja estaria, sin duda, en favor de la organizacion unida, al mayor número. Zuloaga amagaba la Costa-Grande y derrotaba á Morcno, y Barberena marchaba por Costa-Chica en combinacion con Castillo; más con las armas y municiones que condujo Comonfort, fueron arregladas nuevas secciones que marcharon á reforzar á las que ya carecian completamente de pertrechos, sitiaron é hicieron prisionero á Zuloaga en la hacienda de Nuzco, adhiriéndose á los libres la fuerza que mandaba, y Barberena fué encerrado en San Márcos de donde con dificultad salió; en un momento ardió la revolucion como inmensa hoguera por toda la República, y encontrando los cogidos de leva una oportunidad para escapar de la tiranía, comenzaron á desertar aun batiéndose con los superiores, y no quedó en la vasta extension del país un solo punto donde dejaran de sentirse síntomas alarmantes; creciendo el número de sublevados, avanzaban sin que la Dictadura lograra ahogar con sus falsedades y la sangre que derramaba, los instintos generosos del pueblo.

Los reveses sufridos por las tropas del gobierno hicieron aun más odiosa su política, castigando sin piedad á los habitantes de las poblaciones que presentaban resistencia, lo que dió ocasion á que estuviera tan pujante la revolucion á principios de 1855. Las órdenes expedidas para arrasarse los pueblos que abrigaran á los sublevados, muchas veces no fueron obedecidas por los gefes que prefirieron arrostrar más bien con la saña del Dictador y sus ministros. Tanto se habian agriado los ánimos, que ámbos bandos se trataban con inaudita crueldad é inextinguible aborrecimiento, y vino á ser la guerra por la revolucion de Ayutla tan desastrosa como la de Independencia: grandes gavillas recorrían á Michoacan, Guanajuato y Querétaro; pero al aceptar D. Santos Degollado el mando en jefe de las fuerzas en Michoacan, llevóles el prestigio que en vano habian procurado proporcionarle caudillos ménos conocidos que él; desde luego condujo un ejército sobre Guadalajara, dando un ataque desgraciado. La tirantez gubernativa llegó á disponer que fuera multado el que hablara en favor de un ladron, no siendo defensor nombrado; aparecieron severas disposiciones para reconocer á los que viajaban en las diligencias, y se mandó quedaran destituidos de sus empleos los sospechosos de desafectos al gobierno; quiso dar éste una prueba de moralidad publicando la cuenta de inversion de los diez millones de la Mesilla, en la cual figuraban setenta mil pesos que se pagó el cónsul general de México en Washington, Sr. Arrangoiz, empleado con sueldo, quien llamó á dicha cantidad una gota de agua en el mar del erario. Su Alteza publicó un manifiesto ampliando las ofertas que hiciera en Veracruz de ser gobernante y no partidario, y aun llegó á conceder un indulto general; pero ya era tarde y sus ofertas, más que consejos de sana política podian tomarse como gritos del miedo; los pronunciados obligaron á las tropas del gobierno concentrarse en Toluca y por todas partes eran acosadas aunque los partes oficiales referian siempre derrotas de los libres.

Los comandates generales dieron terribles órdenes contra los que esparcieran noticias alarmantes ó hablaran mal del gobierno, en tanto que los pronunciados exigian á

los hacendados crecidos préstamos, amenazándolos con la destruccion de sus propiedades en caso de negativa. Para contener la sedicion y ejecutar el plan de campaña en el Sur, volvió á marchar Santa-Anna hasta Iguala, procurando estar cerca del teatro de la guerra que tanto desarrollo tuvo al regreso de Comonfort, quien pasando á Michoacan organizó en lo posible la revolucion, impidiendo que en nombre de ella fueran saqueadas las poblaciones y siguieran cometiéndose las depredaciones que tanto la desacreditaban. Conoció Santa-Anna que Michoacan habia llegado á ser el punto céntrico de sus enemigos, y partió para Morelia el 30 de Abril, (1855,) dando por motivo para ello en una circular, la necesidad que sentia por el completo restablecimiento de su salud y el mejor servicio público. Recibido en el tránsito como de costumbre, con arcos y músicas, en Morelia se le hizo, por disposicion gubernativa é influencia del clero, casi una ovacion, tirando el pueblo del carruaje hasta el alojamiento de Su Alteza, que pasó bajo arcos triunfales adornados con dísticos é inscripciones, llegando á oirse vivas á Antonio I. A mediados de Mayo salió de Morelia sobre Zamora que tomó porque era táctica de los pronunciados no presentar batalla formal, encontrándose Su Alteza con que ya no tenia enemigos que le hicieran seria resistencia; sin embargo, era hostilizado por todas partes, y en la expedicion que hizo á Ario tan solo luchó con las tempestades, los aguaceros y las neblinas, lo cual le obligó á exclamar que no habia ido á combatir con los elementos; regresó á Morelia y á México sin sacar fruto alguno de sus viajes. Desde entónces se desbordó la revolucion como un torrente é inundó todo el país, y mientras que una circular del ministro de la Guerra anunciaba que habian quedado en Michoacan asegurados la tranquilidad y el orden, escalonó Su Alteza tropas hasta el puerto de Veracruz, y aun celebró con opíparo banquete el dia de su santo en Tacubaya; los santanistas daban por cierto que Santa-Anna iba á ponerse al frente de las tropas que combatian en Nuevo-Leon, y las adulaciones de los que no querian verlo que pasaba, continuaban hasta el grado de levantar en Cholula una columna en su honor y asegurar el gobernador de Aguascalientes que Santa-Anna era déspota, pero no malo.

Derrotado en el Departamento de San Luis Potosí el general Güitán y desgraciadas otras expediciones enviadas contra los sublevados, tomó la revolucion un grande desarrollo, y como Su Alteza carecia ya de recursos para sostener las grandes fuerzas en que basaba su sistema de terror y de persecuciones, vió con claridad su posicion aun al traves del incienso de los aduladores, que le hacian creer que la Nacion estaba conforme en obedecerle como á su amo y Señor y pensó en dejar á México; pero ántes quiso tentar el remedio, variando la senda torcida que seguia, y llamó al Consejo á sesiones extraordinarias para consultarle si era conveniente dar una Carta fundamental, y aun presentó su renuncia; ésta no fué admitida y tampoco la idea de convocar el Congreso Constituyente, dominando más bien el deseo de restablecer las Bases Orgánicas; vino al fin á triunfar la opinion en favor de un Estatuto orgánico y la idea del Sr. D. Bernardo Couto acerca de la inutilidad de transar con los revolucionarios, á los cuales, dijo, es necesario vencer ó combatir hasta sucumbir; inclinábase esta política á destruir la debilidad de Santa-Anna que parecia plegarse á las exigencias de la revolucion, en cuyo sentido le atacaba fuertemente un impreso titulado: «Ya no es tiempo de reformas.» La inutilidad de cualquiera medida política y la pobreza del erario, determinaron á Santa-Anna á dejar á México, aparentando que aun podia sostenerse y que su resolucion era un acto de desprendimiento. Ya desde Julio corria muy valida la voz



de que abdicaria y la contradijo el «Diario Oficial», asegurando que á Su Alteza, voluntad de hierro, no le arredaban los obstáculos é inconvenientes, y aparentando calma el Dictador todavía puso la primera piedra para el camino de fierro entre México y Tampico. Mas como aumentaban los pronunciados en el Oriente y corría el riesgo de que le fuera cerrada la salida, acabó la vacilacion y con el pretexto de que iba á pacificar el Departamento de Veracruz salió de la capital, engañando aun á sus mismos partidarios, pues en una circular fechada el 2 de Agosto, sostenía el Sr. Lares ser un rumor gratuito y malicioso el relativo á la partida de Su Alteza para el extranjero, mandaba perseguir como perturbadores á los que lo propagaran, calificando los periódicos santanistas de bárbaros y estúpidos á los que sostenían que Su Alteza se embarcaba.

Esto se decía oficialmente cuando la familia de Santa-Anna dejaba la capital y el «Diario Oficial» declaraba que Su Alteza tenía razones para creer que el país se avenía á la revolucion y la dejaba crecer; por último, en la mañana del 9 de Agosto á las cuatro y media, partió el Dictador acompañado del oficial mayor del ministerio de la Guerra y de una escolta, y se encaminó á Veracruz quedando los ministros facultados para el despacho de los negocios. Al mismo tiempo fué publicado el decreto en que el Presidente organizaba el Poder que había de reemplazarle en sus faltas, y que era un triunvirato compuesto del presidente de la Suprema Corte, asociado á los generales Carrera y Salas, siendo suplentes los generales Diaz de la Vega y Mora y Villamil, cuyo Poder se organizaria cuando falleciera Su Alteza ó declarara en documento firmado por su mano, no poder continuar en el mando; el primer acto de este triunvirato había de ser convocar un Congreso Constituyente. El general Diaz de la Vega quedó mandando en la capital. Al tenerse conocimiento de la marcha de Santa-Anna se percibió por todas partes sorda agitacion é inquietud, confirmando lo peligroso de la situacion el silencio de la prensa oficial, y aunque los más allegados á Su Alteza negaban de una manera absoluta que éste dejara el país, no se comprendía cómo de otra manera había sido hecha la publicacion del «pliego cerrado», en que el gefe del Estado nombraba sucesor. La crisis en aquellas circunstancias era tanto más urgente, cuanto que millares de mexicanos gemían en los calabozos ó comían el pan del destierro por desafectos á un orden de cosas que había dejado de ser, y no se podía dar disposicion alguna (Agosto 12) que pusiera fin á los desórdenes, porque el tirano aun estaba en el territorio mexicano. Además, los delegados del Dictador no podían devolver á la sociedad la libertad del pensamiento, de la palabra ni las garantías que ofrecía la revolucion. Varios gefes militares aconsejaban al general Diaz de la Vega que tomara el Poder y defendiera al partido conservador en caso de que Santa-Anna se embarcara; pero conociendo la inutilidad de tal paso limitóse á conservar el orden en la capital.

Llegado Santa-Anna á Perote, declaró el 12 de Agosto que dejaba al país, y dió un manifiesto asegurando que por la Patria había abandonado los tranquilos goces del hogar doméstico, mandó al general Diaz de la Vega, con insistencia, que instalara el triunvirato, á lo cual le fué contestado al siguiente dia que ya la capital había secundado el Plan de Ayutla. Entonces apresuró su viaje, y haciendo trasportar el dia 16 á su familia á bordo del vapor de guerra «Iturbide», pasó al mismo á las cinco y media de la mañana siguiente y á las dos de la tarde emprendió su viaje á la Habana, de donde luego se dirigió á Cartagena, dejando en su Patria tan solo escombros y ruinas, al lado de una monstruosa legislacion y de odios inestinguibles. Relegado al destierro en diversos puntos del extranjero, permaneció más tiempo en San Thomas y despues no

vino á ser sino un recuerdo de los errores que tanto mal hicieron á México; acabó su partido y en su vano orgullo se consumió aquel que pudo prestar útiles servicios á su Patria, por la brillante posicion en que estuvo colocado. Pasados varios años quiso volver á influir en la política; se hizo presente en Veracruz, sujeto á la Regencia del Imperio presidida por Almonte, á fines de Febrero de 1864, y no se le permitió que pasara de Orizava obligándolo á reembarcarse con motivo de su comportamiento; le fué impuesta por los franceses la precisa condicion, ántes de desembarcar, de que firmase una acta adhiriéndose á la intervencion y al Imperio, comprometiéndose solemnemente á no publicar manifiesto alguno que tendiera á probar que volvía á su Patria con otro carácter que el de simple particular; firmó el acta y el compromiso á bordo del paquete inglés «Cronway» y desembarcó con su familia; pero al dia siguiente trasmitió á México y permitió que se imprimiera en Orizava un manifiesto dirigido á sus compatriotas, en el que, aunque admitía el Imperio tendía á despertar las pasiones, por lo que se le intimó que abandonara el territorio mexicano y pasara á bordo de la fragata «Colbert.» Regresó á San Thomas y estuvo allí hasta que próxima la ruina de Maximiliano pasó á los Estados-Unidos, donde propuso á Mr. Seward la formacion de un cuerpo de ejército para acabar con el trono levantado en México, y se dirigió al Presidente Juarez ofreciendo sus servicios que no fueron aceptados por las sospechas que infundían sus antecedentes; fué considerada perjudicial la admision de la oferta porque como militar había faltado á la fidelidad hácia sus gefes, y como gobernante no estuvo jamás firme al lado de ningun partido.

Sus bienes fueron intervenidos tan luego como triunfó el partido liberal en 1855, dando el primer decreto el gobernador La Llave, y en Chihuahua fué declarado el 6 de Julio de 1866, que Santa-Anna había incurrido en el delito de traicion en alto grado por haberse sometido al Imperio y por lo mismo fueron confiscadas sus propiedades. Todavía en 1867 apareció en Veracruz, mientras el sitio, á bordo del vapor «Virginus» fletado por su cuenta, queriendo levantar una bandera que sustituyera á la que sucumbió en Querétaro con Maximiliano. Cuando se preparaba á desembarcar le hizo prisionero un buque norte-americano, hasta que Veracruz fué tomado por los republicanos, y entonces se le permitió que pasara con el «Virginus» á donde le pareciese; yendo para la costa de Yucatan fué hecho prisionero por la flotilla de Campeche y llevado de Sisal á Mérida y despues á Veracruz, donde se le formó causa y se le sentenció á ocho años de destierro. Vuelto á la Habana aun conspiró tratando de influir en la marcha política de México; pero ya eran estos los postreros esfuerzos del anciano que se convenia de que su influencia había muerto en México y de que no era necesario en este país, contra lo que él se figuraba. Habiendo regresado á la República en 1874, acogido á la amnistía, solicitó no solamente que se le volvieran sus bienes, sino el grado de general y el sueldo respectivo, todo se le negó y como insistiera en su solicitud ni aun le fué contestada su última comunicacion. Pasa en el olvido amargos dias considerando lo que valen las glorias humanas, y lamentando no haber aprovechado las épocas en que pudo afirmar la dicha de sus conciudadanos. Su gloria de los primeros años habría quedado prestigiada, si no hubiera venido á su Patria á solicitar el grado y los sueldos, que sus contrarios en política le habían indicado bastante que en justicia no podía obtener.